

Venezuela-Cuba

DEMETRIO BOERSNER

El doctor Julio Portillo, joven abogado, político, profesor universitario y escritor, ha producido un libro hermoso y de alto valor documental y científico, en el cual analiza las relaciones entre Venezuela y Cuba desde comienzos del siglo hasta nuestros días.

El autor señala que los dos países han estado estrechamente vinculados por lazos de afecto y de familiaridad, desde la época colonial. Durante el período bolivariano, Cuba y Puerto Rico, atraídos por el ejemplo de la Gran Colombia, anhelaron independizarse, con el apoyo de venezolanos y mexicanos. La Gran Bretaña, y con intensidad aún mayor los Estados Unidos, se opusieron a tal iniciativa y la hicieron abortar.

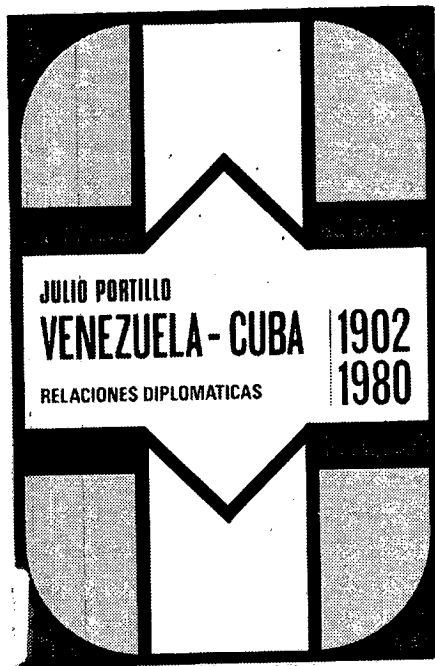
A lo largo de nuestra época republicana en el siglo diecinueve, las relaciones con Cuba fueron constantes y multifacéticas. Un venezolano de nacimiento y cubano por adopción, Narciso López, encabezó intentos por liberar a Cuba de la dominación española a mediados del siglo pasado, y dio la vida por su causa.

El apóstol José Martí amó a Venezuela y veneró la memoria de Bolívar. La noción de una estrecha hermandad cubano-venezolana constituyó una de las piezas claves del pensamiento de ese eximio prócer americano.

Durante el siglo veinte, Cuba y Venezuela son tierras de intensa lucha por la libertad, contra dictaduras oligárquicas apoyadas por el capital extranjero y las presiones intervencionistas de la potencia norteamericana.

La época que Julio Portillo examina con la mayor atención es la comprendida entre 1958 y 1980. Con lujo de detalles, analiza las primeras iniciativas diplomáticas antidictatoriales y de solidaridad democrática tomadas por Venezuela luego de la caída de Pérez Jiménez, y que pronto la unirán en estrecha alianza con Cuba liberada de la dictadura de Batista el 10. de enero de 1959.

Durante el año 1959, los dos países democráticos cooperan estrechamente. En común, denuncian a las dictaduras y piden que la comunidad americana adopte medidas enérgicas en pro de la democracia continental. En Punta del Este, unen sus esfuerzos para abogar por una re-estructuración de las injustas rela-



ciones económicas entre el Norte y el Sur del hemisferio, y Cuba —todavía regida por ideas demócratas reformistas— propone que los Estados Unidos ayuden a desarrollar a Latinoamérica a través de un colosal programa de asistencia financiera.

Ya en 1960, comienzan a deteriorarse en forma lamentable las relaciones entre los gobiernos venezolano y cubano. La Revolución y la Reforma dejan de ser aliados y se convierten en enemigas. Fidel Castro acepta la interpretación de la realidad venezolana que le suministran los “cabezas calientes” del MIR separado de Acción Democrática y alzado contra Betancourt, y el tribuno venezolano, atacado a la vez por la extrema derecha apoyada por Rafael Leónidas Trujillo, y una extrema izquierda que confunde a Venezuela con Cuba y el petróleo con azúcar, reacciona con rabia contra las críticas que le endilgan los órganos de la Revolución Cubana.

En 1961, después de Playa Girón, Cuba se declara socialista y marxista-leninista, y se ubica plenamente bajo el ala protectora de URSS. Ello no significa que pierde su autonomía de acción: La línea ultra-izquierdista que el castrismo seguirá durante la década de los años sesenta es de factura habanera y no moscovita. Entre los gobiernos de Cuba y de

Venezuela se abre una guerra fría —con ocasionales episodios calientes—, llegándose al momento de hostilidad más profunda en los años 1963-64, a raíz del apoyo activo y total de Cuba a la guerrilla venezolana.

Pero en 1968 ocurren grandes cambios y se abren perspectivas de reconciliación entre las dos naciones hermanas. En un sistema internacional nuevo, donde los Estados Unidos admiten haber perdido poder e influencia, y donde progresa la coexistencia y la cooperación entre Washington y Moscú, el régimen cubano a su vez cambia de línea estratégica. Castro admite que cada pueblo americano debe seguir su camino propio y trata de convivir con los países capitalistas del continente.

Los gobiernos de Rafael Caldera y de Carlos Andrés Pérez reanudaron, paso a paso, las relaciones normales con Cuba. El pluralismo ideológico es reconocido y proclamado. El Tercer Mundo en busca de “justicia social internacional” o de un “nuevo orden económico internacional” encuentra unidos en su seno al socialismo cubano y al capitalismo nacional y democrático de Venezuela. Una creciente cooperación amistosa entre los dos países arroja enormes beneficios mutuos, y ayuda a ambos a hacerse más autónomos, más latinoamericanos y más tercermundistas.

Lamentablemente, a partir de 1980 se inicia un increíble retroceso hacia la guerra fría. Con desapasionada meticulosidad de investigador histórico-diplomático, Julio Portillo narra los pasos que conducirán hacia la nueva congelación de relaciones y la nueva hostilidad —no de pueblos pero sí de gobierno.

Al final, con sobriedad y sin adjetivos, el autor nos demuestra que esa segunda ruptura fue innecesaria y sobre todo, que va contra el interés nacional de Venezuela. Por diversas razones, necesitamos una Cuba amiga y aliada si queremos buscar un desarrollo nacional realmente independiente y, al mismo tiempo, ejercer cierto liderazgo amistoso en el área del Caribe. En cambio, la pugna con Cuba nos condena a seguir una línea contradictoria y poco autónoma.

Un libro para ser leído, meditado y discutido.